

EL QUIEBRE DEL SENTIDO: COETZEE, MELVILLE Y EL COMPROMISO DE RESISTENCIA

Texto recibido: 13 de octubre de 2014
 Texto aprobado: 18 de enero de 2015

Por Pablo Fernando Lazo Briones*
 Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

Resumen

En este artículo se establece el vínculo entre la ausencia de sentido en la acción social y los aparatos de dominio colonialista. Para ello se comparan dos propuestas literarias, la de J.M. Coetzee y la de H. Melville, que, desde la perspectiva de la filosofía de Gilles Deleuze y la del propio marxismo, arrojan luz sobre el compromiso de una acción de resistencia.

Palabras clave: sentido, resistencia, Coetzee, Melville.

Abstract

In the present article is posed the relationship between the absence of sense in the social action and the colonial domain apparatuses. In the sake of this, two literary proposals are compared, the one of J.M. Coetzee and the one of H. Melville, both of which shed light into the commitment of an action of resistance when are observed from the philosophy of Gilles Deleuze and Marxist philosophy.

Keywords: Key words: sense, resistance, Coetzee, Melville.



Fotografía: "Don't look me" by saaven, Agosto 30 de 2008
www.freeimages.com

* Es licenciado, maestro y doctor en Filosofía (Universidad de Deusto, Bilbao, España). Actualmente tiene el cargo de profesor-investigador de tiempo completo y coordinador del Posgrado en Filosofía en la Universidad Iberoamericana. Como miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel 1, sus áreas de investigación giran en torno a la hermenéutica contemporánea, en lo que toca a la filosofía política y al multiculturalismo, y también al problema de los límites discursivos de la filosofía respecto a otros discursos culturales. Es autor de los libros *La frágil frontera de las palabras. Ensayo sobre los (débiles) márgenes entre literatura y filosofía* (Siglo XXI Editores, 2006) e *Interpretación y acción. El sentido hermenéutico del pensamiento ético-político de Charles Taylor* (Ediciones Coyoacán, 2007). En coautoría con Bolívar Echeverría y Diego Lizarazo, publicó *Sociedades icónicas* (Siglo XXI Editores, 2007), y participó con dos entradas en el *Diccionario de la existencia. Asuntos relevantes de la vida humana* (Anthropos, 2006). Es coordinador y coautor del libro colectivo *Ética, hermenéutica y multiculturalismo* (UIA, 2008). <pablo.lazo@ibero.mx>



Fotografía: "Maxim Gorky" LOC Restored edit1.jpg|Maxim Gorky LOC Restored edit1}} Wikipedia Dominio Público.

El del llamamiento de la literatura para la acción social y política es un viejo problema que tuvo su momento más álgido en las primeras décadas del siglo xx, con la insistencia de la filosofía marxista-leninista de cifrar como criterios de admisibilidad de una obra de arte en general, pero particularmente de una novela, su compromiso con la urgencia de transformación social y con la lucha contra las condiciones burguesas de vida, que estarían insembradas taimadamente en las narraciones de costumbres y dispositivos de conducta social, y en las caracterizaciones de los héroes de la novela romántica, que se interpretaría como uno de los agentes de la alienación social, en una frase: el compromiso de la literatura con la revolución esgrimido como criterio de validez único de legitimidad de tal obra literaria.

Los nombres de los contendientes en estas viejas polémicas –Máximo Gorki, A. Zhdanov, G. Lukács y el mismo Lenin– se han borrado de nuestra memoria con los años, e incluso hay quienes afirman que la temática misma está agotada y no vale la pena ventilarla de nuevo. Pero en relación con la literatura de Coetzee, y nuestra hipótesis sobre los disparadores de acción social en ella latentes, vale la pena recordar algunas de las motivaciones del rechazo de la novela que se tachó de “prerrevolucionaria”, pequeñoburguesa y alienante, contraria a las aspiraciones emancipadoras de la literatura comprometida con la lucha social. Máximo Gorki, quien escribiera la emblemática novela *La madre* que todos leímos en la juventud con una emoción cargada de idealismo por la libertad, dijo airadamente en el primer Congreso de Escritores Soviéticos en 1934:

“...el tema esencial de la literatura prerrevolucionaria sirvió de drama al hombre que considera la vida estrecha, que se siente de sobra en la sociedad, que busca un lugar cómodo y, no encontrándolo, sufre, muere o se reconcilia con la sociedad que le es hostil, si no desciende hasta el alcoholismo o el suicidio.”¹

¹ Gorki, M., “Discurso en el primer congreso de escritores soviéticos”, en M. Gorki y A.A. Zhdanov, *Literatura, filosofía y marxismo*, Grijalbo, México, 1968, pág. 45.

Bien, pues se da el caso de que los personajes de Coetzee responderían precisamente a esta mácula literaria que reprueba Gorki en nombre de los “intereses del pueblo”, del proletariado que toma conciencia de sí como colectividad unificada. Demos algunos ejemplos: el investigador Eugene Dawn, de *Proyecto Vietnam*, enloquecido por su propio narcisismo y su odio patológico a los extranjeros, y que al final del relato intenta suicidarse efectivamente; el profesor David Laurie, de *Desgracia*, víctima de sus inclinaciones por las mujeres jóvenes y, tras la violación de su hija, es desahuciado en una rutina de vida sin sentido; el escritor de *Diario de un mal año*, resentido socialmente, libidinoso, y de una perversa lucidez destructora de cualquier ideal social. Todos estos personajes atentarían contra el ideal de la entonces llamada “novela revolucionaria”: el ideal de romper con el individualismo social promovido por los “héroes” de la literatura burguesa y vencer su poder corruptor de disgregación social, que enfrenta clases, razas, naciones.² Bajo este criterio, los personajes de Coetzee, y él mismo como escritor, no serían más que pequeñoburgueses que viven del sistema de forma parasitaria, que con sus narraciones nada “constructivas” sobre personajes desviados socialmente, sembrarían la confusión, la anarquía, la falta de credibilidad en un proyecto político de unificación.³ Un ejemplo más: Michael K. de *Vida y época de Michael K.*, solitario, sin familia ni amigos, resistiendo calladamente las tácticas reeducacionales de un campo de concentración de desplazados de guerra, rechazando el trabajo, la comida, el habla social, sería el caso del antihéroe revolucionario cuya conducta delata tanto una corrupción de los fines de la guerra como una incapacidad para incluirse en el todo de un grupo social que lo cobijaría y lo haría más fuerte: el proletariado, los otros explotados y excluidos como él. El héroe de la novela debía ser, pues, “el trabajo personificado en el obrero”, el que lleva a la dignificación de su propia individualidad en tanto encarna los fines del empuje social, histórico-dialéctico necesario (incluso metafísicamente necesario), de la transformación de la naturaleza en cultura mediante el trabajo no alienado. En resumen, un héroe que encarne los ideales de educación social, que siempre son políticos. Así, dice Zhdanov, con gran optimismo revolucionario, pero poco gusto literario:

² *Ibid.*, pág. 20.

³ *Ibid.*, pág. 53

“El punto de partida leninista es que nuestra literatura no puede ser apolítica, no puede ser ‘el arte por el arte’, sino que está llamada a desempeñar un importante papel de vanguardia en la vida social.”⁴

En qué consiste este papel histórico de vanguardia, lo aclara flemáticamente unas páginas más adelante:

“Si el orden social feudal y luego la burguesía en el periodo de su florecimiento pudieron crear un arte y una literatura que afirmó el establecimiento del nuevo orden y cantó su apogeo, nosotros, que representamos un orden nuevo, el orden socialista, la encarnación de todo lo mejor de la historia de la civilización y de la cultura humana, estamos en la mejor de las posiciones para crear la literatura más avanzada del mundo, literatura que dejará muy atrás a los mejores ejemplos de genio creador de todos los tiempos.”⁵

Ni más ni menos. Para este panorama de crítica marxista inclemente, la obra de Coetzee no sería más que una manifestación enferma de una cultura enferma, el síntoma de un orden mórbido de la civilización que quedó atrás en ese “progreso” creador de la literatura que imaginaron Gorki, Zhdanov, Lenin, según el cual se habrían superado formas viciadas de narratividad aburguesada para dar paso a la verdadera literatura liberadora socialista. Pero el tiempo ha corrido, el tiempo nos ha dado un respiro, y las cosas no ocurrieron como ellos imaginaban para los regímenes comunistas cuando intentaron abolir las expresiones culturales endémicas y las formas de arte “no revolucionarias”: el recuento es el del fracaso de esta supuesta “avanzada”, o paradójicamente de su ideologización dentro del partido, reduciéndose a discurso demagógico y

temibles medidas de imposición y restricción en el orden de la cultura. Los ejemplos de China, Cuba, Checoslovaquia, y una larga lista de dictaduras socialistas, bastan para explicarlo por sí mismo.

Como quiera que sea, la desmesura de los juicios de estos viejos teóricos, sin embargo, revela lo que de cara a Coetzee nos importa y nos parece aún vigente: la preocupación por el alcance social de la literatura, la intuición de su poder sobre el imaginario que compone la red de significantes simbólicos entendida como trasfondo y soporte de toda práctica cultural, o lo que desde la antropología simbólica se ha descrito como *sentido*. El argumento que resulta interesante al enhebrar

⁴ Zhdanov, *op. cit.*, pág.86.

⁵ *Ibid.*, pág. 98.

“La preocupación por el alcance social de la literatura, la intuición de su poder sobre el imaginario que compone la red de significantes simbólicos entendida como trasfondo y soporte de toda práctica cultural.”

con esta postura, radica en sostener que si el sentido de trasfondo de toda práctica cultural se interpreta como el vínculo o la liga que une la diversidad de prácticas culturales, como su *alma* unificante, el crítico marxista agregará que tal ligamento es justo lo que se está disolviendo constantemente por la nociva influencia de las novelas decadentes de los escritores pequeñoburgueses, agentes de la corrupción del capitalismo. Si a esto agregamos el argumento althusseriano posterior, más sofisticado en cuanto a la descripción de la penetración del aparato ideológico en el imaginario cultural, la acusación sobre Coetzee se tornará aún más despiadada: sus personajes siempre excluidos de lo social, *outsiders* cuya única virtud es ser demasiado lúcidos respecto a su propia marginalidad, irónicamente serían dispositivos de un aparato estatal represivo que ha penetrado en el entramado simbólico social hasta en sus más finas nervaduras y filamentos. Althusser defendió que el aparato ideológico del Estado y sus múltiples dispositivos de despliegue cultural –creencias, mitos, instituciones políticas, educación, artes, literatura, etcétera– pueden tomar la forma de una aparente resistencia al sistema que los incluye, pudiendo formar parte de la crítica de la ideología que pretende confrontar el sistema de cosas y su poder, pero en realidad han sido ya absorbidos por este sistema de tal modo que ya no hay diferencia entre idiosincrasia de resistencia e ideología como fuerza del Estado represor, esto es, ya no existe separación alguna entre imaginario simbólico, desde el que se plantearía la disidencia y aparato ideológico que aplasta cualquier intento de disidencia. Los símbolos culturales están ya pervertidos como signos de inmersión en un poder totalizante. Repitiendo un argumento clásico de Marcuse que después retomará de forma renovada Slavoj Žižek, cualquier instrumento de oposición al sistema es debilitado y domesticado en su inserción en el sistema, con la consecuencia de hacerlo cada vez más fuerte y ampliar su rango de penetración social.⁶ Todo intento de reacción, de este modo, de antemano parece estar destinado al fracaso.

Desde esta perspectiva, en *Vida y época de Michael K.* se presenta al límite este plano transversal y envolvente del poder totalizante del Estado que se lo traga todo: Michael K. es el individuo más anodino en la violencia extrema de los desplazados de guerra en el conflicto sudafricano. Desde niño ha sufrido la acción protectora/demoladora del Estado: como nació con labio leporino, que le impide hablar con normalidad, y es lento y retraído en la escuela, es separado de su madre e internado

“Irónicamente serían dispositivos de un aparato estatal represivo que ha penetrado en el entramado simbólico social hasta en sus más finas nervaduras y filamentos...”

⁶ Cfr. Marcuse, H., *El hombre unidimensional*, Ariel, Madrid, 2010; Žižek, S., *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI Editores, México, 1992.

en un orfanato para niños con problemas de aprendizaje. Ahí aprendió a callar y obedecer, a pasar hambre y trabajar en soledad. A los 15 años obtendrá un puesto de jardinero y abandonará el orfanato. Despreciado por las mujeres por su defecto físico, incapaz de acercarse a la gente debido a la timidez alimentada por las burlas incesantes y los gestos de curiosidad malsana sobre su rostro, pasará 15 años más cuidando de los jardines del Estado de Ciudad del Cabo, visitando a su madre enferma como rutina, hasta que el toque de queda tornará imposible transitar por la ciudad. Habiéndose refugiado en el cuarto de servicio en donde su madre trabaja como sirvienta, en un momento ya previsible, los dueños de la casa huyen, la comida escasea cada vez más, su sueldo como jardinero no volverá a llegar. Es entonces cuando convence a su madre de escapar de Ciudad del Cabo para ir a Prince Albert, donde ella nació y donde las cosas serán mejores seguramente. En la carretilla hechiza que él ha construido, con una silla precaria en donde se sienta la madre, recorren sin éxito las carreteras zanjadas por retenes militares y plagadas de ladrones; ella cada vez más enferma, él exhausto por el esfuerzo excesivo al ir empujando por kilómetros el extraño vehículo. A medio camino se ven obligados a parar en un hospital, pero ella no sobrevivirá. Después de algunos días, Michael K. reemprenderá el viaje solo, con las cenizas de su madre atesoradas en una pequeña caja.

Enflaquecido y errabundo por las carreteras, sufriendo hambre hasta casi desfallecer, K. no pertenece a ningún grupo, guerrillero o estatal, a favor o en contra del Estado. Tampoco pertenece a ninguna comunidad cultural, a ninguna familia, es el remedo apenas de un hombre, a veces de un insignificante animal que apenas se advierte. Coetzee lo compara con un insecto palo, y, en una de las escenas más conmovedoras de la narración, anhela para él que se hubiera quedado en esa figura paralizada de perfecto camuflaje, hubiera así escapado de los horrores de la violencia política convertida en guerra. Pero Michael, sin papeles, sin poder explicar a dónde se dirige, es apresado y obligado a trabajar en las vías de un tren; tras unos meses logra escapar y se desplaza de nuevo por campos y carreteras, evade retenes como un fantasma y logra llegar a la granja donde nació su madre. La encuentra abandonada también, y tras pasar algunos días de calma y meditación que fácilmente pueden describirse como de una mística de ermitaño, decide que se dedicará a sembrar y cosechar, a unirse en perfecta soledad con la tierra. Decide que no necesita de ningún otro. Entonces, cuando se creía a salvo del alcance del Estado, es encontrado en una avanzada militar, acusado de conspiración y complicidad con los grupos guerrilleros en un principio, y al no encontrar pruebas contundentes es llevado a un "centro de reeducación". Ahí comienza la verdadera lección ético-política de la novela: casi cayéndose de debilidad, famé-

lico, Michael se niega a probar bocado, se niega a hablar, y cuando lo hace sólo repite su propia historia: soy un jardinero que no conoce a nadie, que no necesita a nadie. El médico que lo atiende teme por su vida, le da prioridad a sus cuidados y lo intenta convencer de que su lucha es inútil, de que terminará muerto antes de lograr algo con lo que interpreta como una extraña huelga de hambre. Casi desahuciado, tan débil que nadie creería que puede moverse, Michael logra escapar del campamento de reeducación, y entonces el médico pronuncia lo que parece ser la lección ético-política de la novela:

“El Estado cabalga sobre la espalda de los siervos de la tierra como Michaels; devora los productos de su esfuerzo, y a cambio se caga en ellos. Pero cuando el Estado marcó a Michaels con un número y se lo tragó, perdía el tiempo. Porque las tripas del Estado no han digerido a Michaels; ha salido de sus campamentos tan intacto como de sus colegios y orfanatos.”⁷

Ahora bien, un althusseriano estricto interpretaría estas palabras como un aparente gesto de resistencia al sistema represor, como una hábil evasión de sus dispositivos de violencia sobre una personalidad delicada y no obstante colmada de sabiduría como la de Michael, pero, seguiría diciendo el althusseriano, sería éste un gesto que ultimadamente termina siendo una victoria pírrica, una aparente resistencia, pues el discurso final del médico que celebra la libertad de Michael sobre el sistema está dirigido a provocar en el lector simplemente una catarsis momentánea que provoca un sentido de justicia ilusorio, y con él se contenta, es decir, la historia entera de la novela –el débil Michael K. triunfó finalmente sobre el poderoso Leviatán– está destinada a apaciguar al lector haciéndole creer que algo se podrá hacer efectivamente contra esa fuerza magnánima del Estado, pero en realidad lo que hace es reinstalarlo en él destinándolo a sólo leer tal novela sin provocar ninguna acción efectiva de resistencia, colocándolo, pues, en el lugar nada peligroso, nada amenazador para el Estado, y asignado por el mismo Estado, para las novelas críticas del sistema pero que terminan por jugarle el juego, el lugar asignado para los lectores con sed de sentido de justicia pero complacientes y pasivos, que leen a Coetzee apoltronados en un sillón bebiendo café, y de esta manera las cosas marcharán mucho mejor para la multiplicación de estos dispositivos de extensión de la fuerza del Estado. Las novelas de Coetzee, de este modo, serían interpretadas como aparentes –y convenientes– novelas de resistencia, de crítica social y política, pero también como una real extensión de la fuerza represiva del estado de cosas justamente *como* crítica a éste.

⁷ Coetzee, *Vida y época de Michael K.*, Mondadori, Barcelona, 2004, pág. 168.

Pero la mera imagen de Michael K., con su resonancia inevitable con el otro anodino K. de *El proceso* de Kafka, es en sí misma ya una resistencia silenciosa pero *efectiva*, que desordena las pretensiones totalizantes del sistema político hasta hacerlo caer en el absurdo, y *dislocarlo* de ese modo. Y también el Michael K. de Coetzee como el K. de Kafka es, pues, un buen ejemplo de lo que Deleuze llama en un libro cercano por la problemática una “línea de fuga”, un escape y una resistencia del sistema de opresión y castración vía la insistencia no en la evasión de las acciones que demanda ese sistema, sino en una insistencia en las operaciones de dominio que se exagera hasta caer en el absurdo.⁸ A pesar de su grave estado de salud, de su evidente incapacidad siquiera para sostenerse en pie, a Michael se le demanda correr en círculos alrededor del campo de reeducación; a pesar de sus problemas de comunicación, se le ordena cantar por horas bajo los rayos del sol, hasta desplomarse, con el simple argumento de los soldados: “es el reglamento”. Michael no intenta evitar estas acciones, declara enfáticamente no estar de acuerdo con ellas, pero las lleva a cabo diligentemente hasta encontrar el sinsentido de acatarlas. Lo mismo hace con los cuidados que le da el médico, y las horas que pasa éste intentando convencerlo de que abandone su resistencia y coma, “nunca he pedido un trato preferencial”, es su respuesta repetitiva, carente al parecer de finalidad alguna. Y sin embargo, esta *necea inacción* será la clave de desarticulación de la violencia del Estado y sus recursos de absorción, debilitamiento y domesticación de su oposición, que dan la apariencia de ser insuperables. El argumento althusseriano encuentra aquí su límite. Una breve coda que se apoya en la relación de la novela clásica sobre la inacción, *Bartleby* de Melville, con *Vida y época de Michael K.*, ayudará a ver la paradójica potencia de la resistencia alojada en una no cooperación extrema.

Melville y Coetzee sobre la “inacción activa”

El temor –la premonición– de enfrentarse a una soledad tan extrema, tan abismal, que es igual a una experiencia de muerte en la historia de Michael K., se revela como un producto de una violencia de todos, de la res-pública como aparato de persecución, pero sobre todo como aparato de exclusión que toma una apariencia de inclusividad total (en el argumento althusseriano que mencionábamos, tenemos el caso de la violencia de los aparatos del Estado, que absorben todo elemento simbólico y diferencial de la cultura hasta confundirlos con ideología

⁸ Cfr. Deleuze, Gilles, Kafka. Por una literatura menor, México, Era, 1978, cap. II.

homogeneizante, justamente dándoles un lugar “apropiado” de disidencia en la cultura).

Frente a esta violencia de todos, cabe decir que la violencia en la narrativa de Coetzee consiste en una *violencia de reacción*, una *violencia que responde a una primera violencia*.

La primera violencia es la del Imperio, el dispositivo totalizante y extensivo de imposición de identidad, una sola y por todos los medios posibles: los de representatividad política, los de la fuerza cínica militarizada, los de la sutileza de los “aparatos ideológicos del Estado” de los que hablan Althusser y Žižek, en suma, los de la sistemática exclusión y supresión de la diferencia, de la particularidad, de la disidencia. La primera violencia es la que se institucionaliza como orden, como disciplina que debe ser atendida y asumida forzosamente, y como la consecuente amenaza de castigo en las formas abiertas de la persecución, del encarcelamiento o del encierro de tipo carcelario (en los campos de reeducación en la historia de Michael K., por ejemplo), de la falta de reconocimiento en todas sus formas, hasta llegar a la aniquilación de aquel que se sale de ese orden. La primera violencia es la del orden al que se resiste Michael K. simplemente no respondiendo a él, en una no cooperación que se torna radical. La violencia que reacciona a esta primera violencia, *la violencia que violenta esta primera violencia*, es

la del texto literario que introduce, diremos al modo de Gilles Deleuze, “el múltiplo y la diferencia” por entre los resquicios que deja, a su pesar, la Identidad que se impone, que se quiere totalitaria. Esta segunda violencia es la que metaforiza la representatividad política, rompiendo o desplazando su sentido aplanador, su sentido masificante o aglutinante de grupos identificados como unidad sin fisuras, incluso cuando los manipula como minoría con derechos frente al Estado y pretende darles entrada asignándoles su “propio lugar”, hablando de sus “derechos colectivos” y las políticas de acción afirmativa que pretenden resarcir la violencia que han sufrido históricamente. Esto es justo lo que se hace evidente en un diálogo entre Noël, superior del médico en el campo de reeducación de Michael K., y el mismo médico:



Fotografía: "At concentration camp le Struthof, Alsace, France" be kipcurry, Septiembre 16 de 2007, www.freeimages.com

“Noël parecía cansado: un hombre mayor y cansado.

–Además –le he dicho–, ¿puedes recordarme por qué hacemos esta guerra? Me lo dijeron una vez, pero fue hace tiempo y parece que lo he olvidado.

–Hacemos esta guerra –ha dicho Noël– para que las minorías puedan decidir su futuro.

Hemos intercambiado miradas vacías. Cualquiera que fuese mi estado de ánimo, no he conseguido que lo compartiera.”⁹

Ante este sinsentido de hacer la guerra –las miradas vacías, la imposibilidad de transmitir un estado de ánimo–, Michael K. responde con la violencia de una no cooperación que se resiste a declararse en pro o en contra de esa guerra, incluso en pro o en contra de un grupo minoritario. Toda *declaración* de términos, a favor o en contra, es ya tomar partido por la institución y su disciplina que pretenden dar sentido a la guerra. Por eso la violencia de reacción que se enfrenta a la institución y su disciplina, y su faceta visible en la guerra, lo hace de manera *no* frontal, dado que de otro modo sería devorada fácilmente por el sistema envolvente que se nutre de su oposición. Así que su enfrentamiento siempre es oblicuo, estratégico, intersticial, lo que quiere decir que *resemantiza* la persecución, el encarcelamiento y el ostracismo, el castigo por salirse de la norma, y esta *resemantización* se caracteriza por dotar de un sentido de desviación a la regularidad de la institución y a la disciplina que sigue “atendiendo” de esa forma oblicua y creativa (nunca la olvida, nunca la ignora, la *rehace*). Como veremos, esta *resemantización* de los términos sociales en su conjunto es la violencia que violenta una apariencia de reconocimiento en los tres órdenes que explica Axel Honneth –moral, jurídico y político–, lo que equivale a decir que irrumpe en el orden identitario y aplastante con un *desorden peligroso* porque implica un reconocimiento verdadero, difícil, que ha de ganarse en la lucha de opuestos que pone en juego la particularidad efectiva de las voces que se resisten. La violencia de la violencia es, pues, la propia de una resistencia intersticial como la que he venido proponiendo en otro lugar.¹⁰

Pero esta violencia de reacción puede, incluso *debe*, bajo ciertas circunstancias, tomar la forma de la inacción total. Es lo que se torna evidente si establecemos una pequeña coda analógica y heurística entre *Bartleby, el escribiente* de Herman Melville y *Vida y época de Michael K.* Bartleby es contratado como copista en un despacho jurídico de Wall Street, es esmerado y limpio en su trabajo, meticoloso como el que más,

⁹ Coetzee, *Vida y época de Michael K.*, Mondadori, Barcelona, 2004, pág. 164.

¹⁰ Cfr. Lazo, Pablo, *Crítica del multiculturalismo, resemantización de la multiculturalidad. Argumentación imaginaria sobre la diversidad cultural*, Plaza y Valdés/UNAM, México, 2008.

y en un principio las cosas no pueden estar mejor para él. Pero basta con que se le pida un cambio menor en su rutina mecánica –que coteje sus copias con las de sus compañeros, que haga un recado fuera de la oficina– para que lánguidamente pronuncie “preferiría no hacerlo”, y se retire a su rutina, dejando al abogado jefe perplejo, a los compañeros furiosos y el trabajo requerido sin cumplir. El tono de esta negación va subiendo cuando se le pide a Bartleby que trabaje en otra habitación; “preferiría no hacerlo”, es su respuesta. En el momento en que, tras toda una serie de negativas-evasiones de este tipo, Bartleby ocupa el despacho para pernoctar y se niega a continuar copiando en absoluto, se le pide perentoriamente que abandone el edificio, que renuncie de inmediato al trabajo y no vuelva más, pero su respuesta sigue siendo “preferiría no hacerlo”. Al final, como era de esperarse, es apresado y llevado a la cárcel. Ya tras las rejas, se niega a comer, deambula por los patios del presidio con aire ausente, sin pronunciar palabra, dormita en el suelo o se queda horas mirando un muro, dando la espalda a todo y a todos los que le rodean. Pocos días después, cuando el abogado hace un último gesto de caridad y lo va a visitar, lo encuentra arrebuñado de forma caprichosa al pie de un muro, en un patio de la cárcel, posición que nos recuerda una tumba egipcia: en su reticencia extrema, en su momificación de toda acción, Bartleby se ha dejado morir.

Esta extraña conducta de Bartleby, ¿se trata de una resistencia hecha de forma consciente, o bien sólo es la dejadez de un individuo con nula voluntad, la manifestación del nihilismo y la descreencia de la época encarnados en él frente al pragmatismo salvaje de un mundo de burocracia agigantada, despersonalización de las acciones y una Ley incuestionable que persigue y castiga? Esta ambigüedad de interpretación entre los extremos de una acción de resistencia y una dejadez nihilista, ¿no cuenta también para el caso de Michael K., quien parece debatirse entre una pasividad extrema y una lucidez excepcional de los sinsentidos de la guerra y el aparato estatal que la sostiene?

No obstante, existe una evidencia que disuelve tal ambigüedad a favor de una interpretación de sus “inacciones” como disparadores de una acción de resistencia: Bartleby y Michael K. son hermanos siameses que han sido abandonados por el mismo padre. Huérfanos de autoridad, desencantados frente a un mundo que no puede cumplir sus expectativas demasiado originales, desconfían de cualquier intento de integración en él, sea disuasorio o forzoso, y se resisten en la forma menos esperada: no haciendo nada. Así, la repetición de la frase “preferiría no hacerlo” de Bartleby tiene su correspondencia con la tozudez de Michael K. al no querer probar bocado, al no querer proferir palabra: ambas “inacciones” indican en realidad la salida de esa pasividad en la que parecen estar “atascados”. ¿Cómo es esto posible? Ciertamente puede hablarse de la

conducta nihilista de Michael K. o de Bartleby. Su rechazo a hacer lo que se les exige, con amenazas lo mismo que con disuasiones, puede interpretarse en efecto como la consecuencia de un resentimiento crónico que ha acabado en la tozudez de la pura negación reactiva, para decirlo con los términos de Nietzsche, un “no” que sólo deriva en “no”. Pero no es el nihilismo, ni reactivo ni activo, lo implicado en su rechazo de la acción, pues paradójicamente su “no acción” se orienta a salir de ella, incluso diríamos que *exige* salir de ella, y de forma no destructiva, como en el caso del nihilismo activo, sino de forma puramente creativa, afirmativa. El “no” en estos casos es un potenciador, no un paralizante. El “no” en la forma del silencio persistente de Michael K., o del “no” metaforizado del “preferiría no hacerlo” de Bartleby, contienen el pasaje a un “sí”, pero puesto en marcha en la forma de la resistencia intersticial no violenta (o violenta sólo como reacción de una *segunda violencia*). Esto se puede pergeñar a partir de las descripciones de sus contextos, que nunca son neutrales, que tienen como trasfondo la crítica a un mundo pragmático en extremo, violento, organizado, según el absurdo del seguimiento de la norma burocrática ciega o de la crueldad abierta. No es el desinterés nihilista lo que se pone en juego en estas novelas, es la crítica que parte justamente del interés crítico en el mundo social, esto es, de la denuncia de sus abusos.

Desde un punto de vista ético-político, de Michael K. como de Bartleby puede decirse: su inacción no cae en el caso de la paradoja “al no elegir, ya están eligiendo”, porque ambos quedan más bien suspendidos antes de hacer o no hacer, pero no de forma neutral o nihilista, sino, dado que las narraciones en que aparecen sus “inacciones” están construidas como un trasfondo crítico cultural y político, esta suspensión está marcada como orientación para una acción efectiva que queda insinuada, justamente en el sentido de esa “acción en suspenso” que puede romperse en cualquier momento. Pero esta parte la decide el lector, que se ve así llevado a un límite de su propia acción, empujado por ese “estar en suspenso” de la acción de estos personajes, que podemos por ello llamar *fronterizos*. La frontera y la transgresión de la frontera se juegan en ellos todo el tiempo, los define como tales. Son personajes fronterizos por excelencia porque invitan vigorosamente a franquear su propio margen de trabajo rutinario, de acatamiento de las órdenes que se les imponen, de las convenciones sociales aceptadas, de la política que se ve como conveniente y, a la postre, de la Ley como tal que debieran respetar. Su esencia es pasar el límite al que fueron llevados por la extraña trama en la que están envueltos, aunque en ello les vaya la vida. Son personajes que rayan con un suicidio justificado también. Pero son fronterizos asimismo en el sentido de que sus vidas, que quedan en suspenso dentro de tales tramas, pueden ser converti-

das en paradigmas de una acción para el lector, una acción que están provocando, paradójicamente, con su inacción extrema.

Gilles Deleuze nos legó un extraordinario documento¹¹ en el que se abre este sentido límite del caso Bartleby, que puede extenderse al caso Michael K. por la precisión con que son utilizados los conceptos como instrumentos de crítica ético-política. Deleuze explica que el extraño lema repetido por Bartleby, “I would prefer not to”, aunque gramaticalmente correcto, siempre nos suena extraño, pues no es la expresión que usualmente se utiliza para manifestar un rechazo en subjuntivo, que sería más bien “I had rather not”. Pero la frecuencia con que es usada por Bartleby en el exacto momento de manifestar una inconformidad, y sin embargo no haciéndolo con una negativa manifiesta –se trata, dice Deleuze, de “un negativismo que sobrepasa toda negación”–¹², la hacen elevarse a “fórmula”, que rompe los esquemas del uso del lenguaje no sólo en su sonoridad o en lo que nos parece habitual de él, sino en lo implicado en tal frase considerada como “speech act”: los supuestos valorativos, las referencias contextuales, las relaciones mutuas de los conectores lingüísticos y los vínculos con los otros interlocutores (las promesas, los ruegos, las preguntas implícitas, etcétera). Pero por ello también destruye paulatinamente, neciamente, continúa Deleuze, los presupuestos sociales del lenguaje por los que se estaría obligado a obedecer, a mandar, a jugar un papel familiar, institucional, legal o político, en resumen, disuelve el entramado de fondo de la sociedad en la que deja de actuar para quedar en su margen, en una zona de indeterminación en la que ya no se puede ser tratado como igual o desigual, como aliado o enemigo:

“...inaugura una zona de indeterminación en la cual las palabras ya no se distinguen, abre un vacío en el lenguaje. Pero, al mismo tiempo, desactiva aquellos actos de habla mediante los cuales un jefe puede dar órdenes, un amigo bienintencionado puede hacer preguntas o un hombre de fe puede prometer. Si Bartleby se negase a algo, aún podría ser reconocido como un rebelde o un contestatario, y recibir en condición de tal un estatuto social. Pero la fórmula desactiva todo acto de habla, al mismo tiempo que convierte a Bartleby en un mero excluido a quien no cabe ya atribuir situación social alguna.”¹³

Ahora bien, en esta misma posición de canto, en el filo de lo social y por ello sin posibilidad de designación social, se encuentran las “in-naciones” de Michael K. Al final de la historia, desfallecido en la cama

11 Deleuze, Gilles, “Bartleby o la fórmula”, en Deleuze, G., Agamben G. y Pardo J.L., *Preferiría no hacerlo*, Pre-Textos, Barcelona, 2011.

12 *Ibid.*, pág. 64

13 *Ibid.*, pág. 67.

er
e
i
s
s
o
D



Fotografía: "Hand and pain" de sciucaness, Abril 14 de 2006, www.freeimages.com

de la clínica del campo de reeducación/concentración, recibe una carta firmada por "un amigo" que le hace insistentes reconvenções para que coma, para que ceje en su extraña resistencia y pase el tiempo en la clínica descansando y ensoñando en sus cosas o simplemente sacando provecho de un lugar seguro, a salvo de la guerra, de las patrullas militares y los toques de queda. Este "amigo" anónimo es el médico, que ya comienza a dudar de su propia acción caritativa y de su retahíla de orientaciones y consejos, que ya empieza a sospechar que unas y otros no son más que imposiciones paternalistas sobre un individuo excepcional del que más bien tendría que aprender mucho: aprender

cómo andar por entre los caminos y senderos que evitan el Castillo del Imperio, sus disposiciones totalitarias y la locura de su guerra (Coetzee, aquí como en otras partes, pone en juego una clara resonancia kafkiana: el Castillo como símbolo de un poder total y sin sentido, representación simbólica del Imperio). Aprender cómo, incluso en el encierro, una lucidez elemental sigue vigente, la lucidez del cuerpo que se niega a comer si no es "la comida de la libertad". Poco a poco se le hace clara la "originalidad de la resistencia", paradójal pero efectiva, de Michael K.:

"...a medida que pasaba el tiempo empecé poco a poco a percibir la originalidad de la resistencia que practicabas. No eras un héroe, no pretendías serlo, ni siquiera un héroe del ayuno. En realidad, no te resististe en absoluto. Cuando te ordenamos saltar, saltaste. Cuando te ordenamos saltar otra vez, saltaste otra vez. Pero cuando te ordenamos saltar por tercera vez, no obedeciste, sino que te derrumbaste; y todos pudimos ver, incluso los más reticentes, que te habías derrumbado porque habías agotado tus recursos obedeciéndonos. Así que te levantamos, constatando que no pesabas más que un saco de plumas, te sentamos delante de la comida y te dijimos: 'Come, recupera tus fuerzas para poder volver a perderlas obedeciéndonos'. Y no te negaste."¹⁴

¹⁴ Coetzee, *op. cit.*, pág. 170.

Después de este extraño proceder en un exceso de cooperación que termina en su opuesto, en un “no cooperación” al extremo, todos los recursos de amenaza o disuasión quedan desarticulados porque no opera ya más la lógica social de asignación de papeles por los cuales alguien puede ser obligado a hacer algo o convencido de dejar de hacerlo, y entonces el exceso de cooperación se convierte en “no cooperación”, que da por el suelo con el sistema social de atribución de funciones. Como Bartleby, también Michael K. es un “mero excluido a quien no cabe ya atribuir situación social alguna”, y entonces se le contempla como “el que está de más”, como aquel que carece de importancia para seguir insistiendo en aquello que se esperaba de él. Ha quedado en disposición de salir del sistema justo en el seguimiento puntual de lo ordenado por el sistema. Por esto la trama culmina con la sorprendente fuga de un exangüe Michael del campo de reeducación/concentración. Venciendo su propia debilidad, de algún modo se las arregla para saltar la verja, para correr de nuevo por los campos del *veld* sin ser visto y trasladarse de nuevo a Prince Albert. Lo que ha resultado aquí es que la falta de voluntad ha llevado a un terreno en el que aparece una libertad de otra índole, la propia de seres que Deleuze llama “originales” en la literatura de Melville, aquellos que “no pueden sobrevivir más que petrificándose, negando la voluntad, y esa suspensión les

santifica.”¹⁵ Muchas páginas de *Vida y época de Michael K.* parecen describir también la conducta de un iluminado, de un eremita que no necesita más de los hombres porque ha encontrado un acceso privilegiado a una dimensión de la naturaleza mucho más sencilla en su perfección: la del jardinero solitario perdido en la montaña.

Estos individuos “originales” van contra las buenas razones de hacer las cosas, contra la Razón misma, pues han intuido que hay algo más que el mundo como lo percibimos, “revelan su vacío, ponen de manifiesto la imperfección de las leyes, la mediocridad de las criaturas particulares, muestran el mundo como mascarada”¹⁶ Diluyen toda función paterna, familiar y social, porque sus historias comienzan y terminan en una orfandad que los ilumina, que los cura de los males de la cultura, historias en las que, sin decir una sola palabra, o diciendo unas cuantas palabras que repiten como encantamiento de liberación, encuentran su lugar atípico que paradójicamente *les es propio*, ese *no lugar* social y político desencajado y liberador, y desde esa “dislocación” revelan una verdad inopinable, aunque para muchos incomprensible, absurda. En el caso de Bartleby, a decir de Deleuze, esta verdad es la del llamamiento a una forma de cultura inexistente pero posible en la formación del Nuevo Mundo Americano, un “programa político”

¹⁵ Deleuze, *op. cit.*, pág. 76.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 81.

de crítica al presente, al mismo tiempo que de promesa en el futuro, el llamado de Bartleby a individuos como él, sin padre, sin apego a la autoridad de ninguna especie, “comunidad de individuos anarquistas, inspirada en Jefferson, en Thoreau, en Melville”.¹⁷ En el caso analógico de Michael K., podemos extender el mismo género de un “mesianismo” apátrida, huérfano, esperanzado sólo en lo que con las propias fuerzas se puede obtener de la tierra, del trabajo que una excepcional “comunidad de solitarios” pueda hacer sin recurrir a nada ni a nadie más. He aquí la acción de resistencia en suspenso, anidada en la inacción radical: el más solitario y menos llamativo de los individuos, que apenas puede hablar o que no habla en absoluto, tiene la vocación de hacer un llamamiento, una con-vocatoria a aquellos que no quieren comulgar con la facilidad del seguimiento de reglas y hábitos, que no quieren la solidaridad con el desprotegido, que implicaría su sumisión y la renuncia a su iluminación. *Vida y época de Michael K.* cierra con escenas que indican lo difícil de esta tarea: Michael se refugia en una playa, en donde encuentra a un grupo de refugiados que, al verlo en los huesos, tienen un último gesto de caridad con él: le ofrecen licor barato, que de inmediato vomita, le ofrecen un lugar en su refugio, en el suelo sucio de una cabaña de playa en la que se han resguardado, y cuando finge estar dormido intentan robarle las pocas semillas que aún lleva consigo; una chica del grupo le

hace caricias íntimas, que él no rechaza pero descalifica en su fuero interno y lo hacen sentir sucio y bajo, interpretando su efímero placer como una traición a sí mismo. Entonces hace una reflexión que revela la lucidez de su historia y su época, y que es al tiempo una última advertencia para el lector:

“Ahora tienen campamentos para los niños cuyos padres han huido, campamentos para los que patalean y echan espuma por la boca, campamentos para los de cabeza grande y para los de cabeza pequeña, campamentos para los que no tienen un medio aparente de vida, campamentos para los expulsados de la tierra, campamentos para los que descubren viviendo en las cloacas, campamentos para las chicas de la calle, campamentos para los que no saben sumar dos y dos, campamentos para los que viven en las montañas y dinamitan puentes por la noche. Quizá sea verdad que ya es suficiente estar fuera de los campamentos, no estar en ninguno de ellos. Puede que ahora ya sea un gran éxito. ¿Cuántos quedan que no estén encerrados ni de centinelas en la verja? Me he librado de los campamentos; puede que si procuro no llamar la atención, también me libre de la caridad.”¹⁸

¹⁷ *Ibid.*, pág. 85.

¹⁸ Coetzee, *Vida y época de Michael K.*, pág. 186.

La insinuación de Coetzee es clara: la “comunidad de solitarios” a la que convoca Michael K. no ha de confiar en ninguna de las formas de agrupación, no importa la forma que adopte, las que parecen caritativas, las que a todas luces son un sinsentido y las que son la exhibición de la fuerza por la fuerza, pues todas ellas obedecen a un mismo propósito: mantener a los sujetos dispuestos, ordenados y controlados en parcelas de poder. Hay campos para todos, para los refugiados y los expulsados de su tierra, para los que simplemente fueron atrapados por las fuerzas en oposición y son ajenos a ellas, para los dinamiteros de puentes y para sus víctimas, para los de cabeza chica y cabeza grande... Para todos hay una clase de caridad o de represión del Estado, del gran Padre. Pero como Bartleby, Michael K. quiere escapar del Padre y sus cuidados y caridades a toda costa. “¿Qué pide Bartleby si no es un poco de confianza, mientras que el abogado le ofrece únicamente caridad y filantropía, todas las máscaras de la función paterna?”¹⁹ Hay que recordar el rechazo de Nietzsche a la caridad, su interpretación de ella como una forma más de *debilitamiento del débil*, esto es, de resentimiento y culpa enmascarados de ayuda al prójimo en tanto que se le hace dependiente de la caridad, condenándolo a la mano que le ayuda, debilitándolo en sí mismo. En clave nietzschea-

na, Michael K. se hace más fuerte paradójicamente cuanto más débil es, esto es, en cuanto se vale por sí mismo, aun en la condición exangüe en que se encuentra y afirma su excepcionalidad de solitario radical.

De este modo inusitado hace su llamado a otros de la misma condición, con la sencillez de la metáfora del jardinero que simplemente se entretiene con sus semillas en soledad, en un contacto con la tie-



Fotografía: "Carlisle Castle" be ColinBroug, Agosto 11 de 2002, www.freeimages.com

19 Deleuze, *op. cit.*, pág. 89.

rra que su labor amorosa ha consagrado. Y es así como plantea una forma excepcional de resistencia intersticial: a la búsqueda de su tierra de trabajo, va por entre los intersticios de los caminos del Castillo, saltando por encima de los muros y las verjas de sus campamentos y orfanatos, rozando apenas a otros que están al servicio del Castillo o luchando contra él, por entre los intersticios de la guerra y sus bandos, pero también por los intersticios de los gestos de una caridad esclavizante y engañosa. Y es así como extiende una insinuación de extensión de este lugar *dis-locado* de resistencia intersticial para el lector y su propia “inacción activa”: en ocasiones habría que sospechar de toda forma de reunión ya asignada y consagrada en los “campamentos” que pululan por todas partes en nuestra cultura “civilizada” y “democrática”, en nuestras formas de trabajo y convivencia, de esparcimiento y producción. Habría que sospechar de los “campamentos” en los que estamos asignados cotidianamente acaso sin percatarnos de ello.

Bibliografía

- Coetzee, *Vida y época de Michael K.*, Mondadori, Barcelona, 2004.
- Deleuze, Gilles, “Bartleby o la fórmula”, en Deleuze, G., Agamben G. y Pardo J.L., *Preferiría no hacerlo*, Pre-Textos, Barcelona, 2011.
- Gorki, M., “Discurso en el primer congreso de escritores soviéticos”, en M. Gorki y A.A. Zhdanov, *Literatura, filosofía y marxismo*, Grijalbo, México, 1968.
- Lazo, Pablo, *Crítica del multiculturalismo, resemantización de la multiculturalidad. Argumentación imaginaria sobre la diversidad cultural*, Plaza y Valdés/UIA, México, 2008.
- Marcuse, H., *El hombre unidimensional*, Ariel, Madrid, 2010.
- Žižek, S., *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI Editores, México, 1992.